



LA FE ILUMINA LA VIDA

1.- ¿Qué es la fe?

Pero cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará todavía fe en la tierra? (Lc 18,8). ¿Cuántos creyentes hoy podrían interpretar esta frase de Jesús como un cumplimiento de profecía, especialmente en Europa? Los domingos, las iglesias, suelen estar vacías o con gente mayor. Muchos ignoran ya el contenido de la religión cristiana porque ha desaparecido de la formación de las escuelas no confesionales. Lo que dice la jerarquía eclesiástica comienza a ser irrelevante para muchos. ¿No ha llegado aquel momento previsto en la duda de Jesús? ¿Aún queda fe en la tierra? ¿Por cuánto tiempo? ¿Qué es exactamente la fe?

La fe, en el catecismo que aprendían los niños hace muchos años, se definía como *creer en aquello que no se ve*. Es una definición demasiado simplista pero que contiene una buena dosis de verdad. Tener fe es confiar en la verdad de unas afirmaciones sobre la vida y la trascendencia que no se pueden demostrar como ciertas a través de pruebas empíricas. Puedo creer que Dios existe y que Jesús es Hijo de Dios... pero no lo veo con ojos externos, y a demás, no lo puedo demostrar.

La fe no consiste propiamente en la adhesión a unas afirmaciones teóricas, ni en la fidelidad a una institución, ni en la creencia en realidades que no se ven. La fe cristiana, por encima de todo, es la adhesión a una persona histórica que existió hace más de dos mil años y que de algún modo continúa viviendo cerca de nosotros: Jesús de Nazaret. Tener fe en Jesús quiere decir confiar en lo que Él fue, dijo e hizo. Tener fe quiere decir fiarse de una persona que hizo siempre lo que predicó y que resumió su mensaje de un modo muy preciso: *Que os améis los unos a los otros. Así como yo os amo, debéis también amaros los unos a los otros* (Jn 13,34). Como cristianos, tener fe es amar radicalmente, más bien, tenerlo como meta en el camino de la propia vida. Sí, es muy bello. Pero sin embargo ¿es posible, verificar la verdad o la certeza de esta fe, de este programa de vida? Dejémoslo aquí por el momento.

2.- La vida

Cualquier persona, por el hecho de vivir no tiene más remedio que plantearse implícitamente o explícita una serie de interrogantes fundamentales. ¿Quién soy? ¿de dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Qué sentido tiene mi vida? ¿Cómo y en función de qué puedo discernir lo que está bien de lo que está mal? ¿Por qué nos morimos? ¿Qué hay después de la muerte? ¿Cómo es que existe algo en vez de no existir nada? ¿Existe Dios? Ser consciente de un sentido personal en el devenir de la propia vida es una de las condiciones necesarias para aspirar humanamente a algún grado de felicidad.

Estos interrogantes no vienen por un gusto especial para la elucubración mental sino que son el resultado de la experiencia del vivir. Pasamos por momentos dolorosos –enfermedades, frustraciones, anhelos no cumplidos...– la muerte nos toca de cerca, poco o mucho, en personas amadas; pasamos por momentos de miedo en el presente y respeto al futuro... También el trabajo nos inquieta a menudo y nos domina o nos provoca insatisfacciones. Por otro lado pasamos por buenos momentos, con la música, el deporte, las actividades de ocio y, muy especialmente, cuando experimentamos el afecto de las personas que nos aman y cuando amamos con plenitud a la pareja, los hijos, los nietos, los amigos... Es a través de todo este abanico de vivencias diversas y contrarias entre sí, que surgen las preguntas de manera natural. Según las respuestas que nos demos tendremos tendencia a vivir de una manera o de otra. Cuando no hay respuestas satisfactorias es cuando experimentamos un vacío existencial que solemos encubrir con actividades, sean laborales, ocupaciones diversas o simplemente viendo la televisión u ocupándonos con palabrerías insustanciales. Hay que tener siempre algo para hacer y hay que evitar como sea el silencio y la soledad, porque entonces quizás podamos sentir el vacío interior o la ausencia de un proyecto que llene la vida.

3.- La luz

La luz es un fenómeno físico que hace perceptible la realidad al ojo. Sin luz no podríamos vivir ya que no seríamos capaces de distinguir nada: todo sería oscuridad. Hay personas que, desgraciadamente, son invidentes y acentúan otros sentidos para poder vivir. Sin embargo no podrían vivir si otras personas, con ojos sanos, no les ayudasen mucho o poco. No en balde, la luz es una de las imágenes de Dios. *Dios es luz y en él no hay ninguna oscuridad* (1 Jn 1,5). Y Dios, como la luz, no se puede mirar cara a cara porque deslumbra, pero permite distinguir y reconocer con certeza lo que ilumina. Tener fe quiere decir fiarse de la luz de Dios. Retomemos la pregunta anterior de nuevo: ¿podemos, de algún modo, verificar esta luz de Dios que es la fe en nuestra vida?

La fe es un don de Dios. Nadie cree como consecuencia de un razonamiento filosófico o científico. La fe consiste en abrir nuestro corazón a este don un poco a ciegas. Pero no es un salto permanente en el vacío ya que la

fe retorna, si la sentimos y actuamos en función de ella, la certeza de haber optado por un buen camino. La fe no es una opción teórica, sino un camino práctico. Y es en este camino práctico cuando te devuelve la certeza de la fe. No solo hay que pensar en la fe sino experimentarla. Es así como parece que está establecido el plan de Dios que admite, naturalmente, todas las excepciones. En definitiva: del mismo modo que nadie encontrará nunca ninguna verdad –científica o social– si no cree previamente en que la verdad existe, la fe es difícil de verificar en su sentido profundo si no se vive con un acto positivo de la propia voluntad. Cuando ya se ha optado por el acto de fe es cuando poco a poco se va verificando cual es el camino correcto. ¿Por qué razones? Por una sola: porque entonces experimentamos que la fe ilumina la vida más allá de todos los conceptos y razonamientos que nos podamos hacer.

Cuando nos lanzamos a amar sin condiciones a personas concretas; cuando somos solidarios por amor y no sólo por compasión; cuando perdonamos al enemigo o a quien nos ha hecho daño; cuando renunciamos a la venganza o a devolver sencillamente mal por mal, aunque sea sólo con un silencio despectivo; cuando leemos poco a poco los evangelios y los meditamos; cuando rezamos en la soledad y el silencio para pedir fuerzas; cuando nos arrepentimos del mal que hayamos podido cometer... y todo eso lo hacemos como consecuencia de la opción de la fe en Jesús y en su mensaje, fácilmente verificaremos que es hacer un camino que nos proporciona, entre otras experiencias posibles, una paz interior y una tranquilidad de consciencia que nos vuelve a atar a una vida con sentido, como en la noche las llamas a la oscuridad.

4.- Mirar el mundo con la luz de la fe

La fe es un modo de iluminar la vida. No nos indica tanto lo que tenemos que ver sino el modo en el que hemos de ver el mundo. Nos enseña a reconocer su dignidad. A admirarlo por su grandeza y magnificencia. A valorarlo como la obra del Creador. A estar atentos a las necesidades de los demás, que, sin la luz de la fe, nos pasarían desapercibidas. A contemplarlo sabiendo que este deseo de ver nunca se podrá satisfacer por completo, ya que siempre tendremos sed de plenitud e infinito.

La fe aporta una visión de conjunto que reordena los acontecimientos otorgándoles un significado en el mosaico global y, a su vez, la revitaliza. Impregna de sentido detalles aparentemente insignificantes y nos ayuda a escapar de la tentación de absolutizar aspectos secundarios. La fe nos permite captar la inmensidad del mundo, explora los horizontes de la realidad para encontrar en los límites de la existencia, lo vestigios que revelan su sentido. No da certeza absoluta, pero orienta la búsqueda de significados sólidos. Indica el camino.

Finalmente, la fe ilumina nuestro interior. A través de la mirada de los ojos del corazón (Ef 1,18) es posible entender el mundo de un modo extraordinario. Hasta que los ojos de la fe no se abren, no nos damos cuenta de que constantemente estamos siendo visitados por Dios en el propio corazón de la vida ordinaria. Con la fe vamos descubriendo, en los hechos cotidianos de la existencia, el escenario del encuentro con el Misterio. Desde la fe, la experiencia cotidiana es acogida como un signo o señal que nos remite a un significado divino. Entonces todo es metáfora, parábola, mensaje, signo de la presencia de la Eternidad encarnada en medio de lo que es transitorio.

La fe, como el amor, es un don de Dios, es la flor que a mendo encontramos en el bosque pero que debemos cuidar en nuestro jardín interior. Hay que hacerla crecer día a día. Si tienes la gracia de creer no te olvides nunca de solicitar a Dios lo que le pidió el padre del hijo enfermo: *Yo creo. ¡Ayúdame a creer más!* (Mc 9,24).

Preguntas para reflexionar:

- 1.- ¿Qué es para mí la fe?
- 2.- ¿Sé discernir si mis actos están iluminados por la fe?
- 3.- ¿Noto alguna diferencia interior entre cuando amo y soy amado o cuando tengo manía o rabia contra alguien?
- 4.- ¿Qué hago para cuidar y hacer crecer mi fe día a día?

Citas bíblicas:

-Mc 5,34: *Jesús le dijo: –Hija, por tu fe has sido sanada. Vete tranquila y libre ya de tu enfermedad.*

-Mc 10,52: *Jesús le dijo: –Puedes irte. Por tu fe has sido sanado. En aquel mismo instante el ciego recobró la vista, y siguió a Jesús.*

-Lc 8,50: *Pero Jesús lo oyó y le dijo: –No tengas miedo. Solamente cree y tu hija se salvará.*

-Mt 21,22: *Y todo lo que al orar pidáis con fe, lo recibiréis.*

Bibliografía:

FORTE, BRUNO. *Breve introducción de la fe*. Madrid. San Pablo. 1994.

KASPER, WALTER. *Introducción a la fe*. Salamanca. Sígueme. 2001 (4ª ed.).

KASPER, WALTER. *La fe que excede todo conocimiento*. Santander. Sígueme. Sal Terrae, 1988.

TORRALBA, FRANCESC. *Por qué creer? La razonabilidad de la fe*. Barcelona, Edebé 2000.

CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA. *Catecismo Católico para Adultos. La fe de la Iglesia*. Madrid. Católica 1989. (Bac 500).

RATZINGER, JOSEPH – BENEDICTO XVI. *La alegría de la fe.*, Madrid. San Pablo. 2012.

Barcelona, Noviembre de 2012.